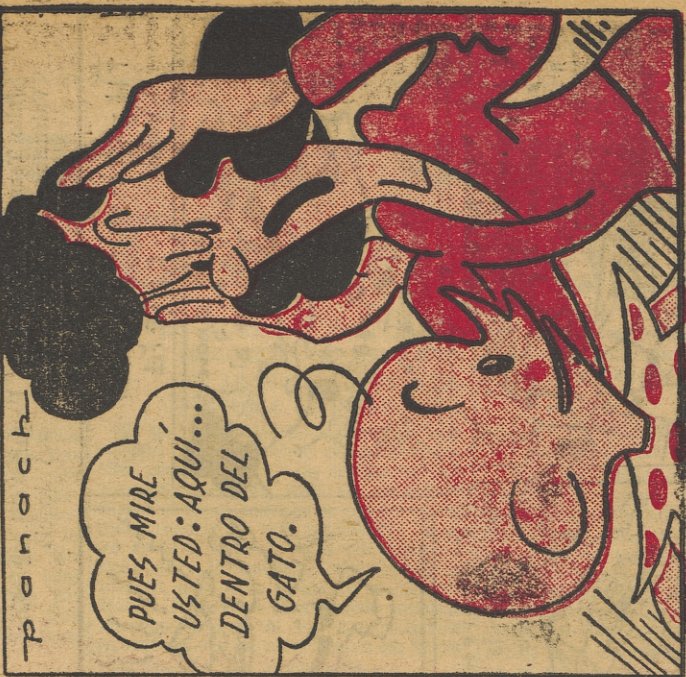
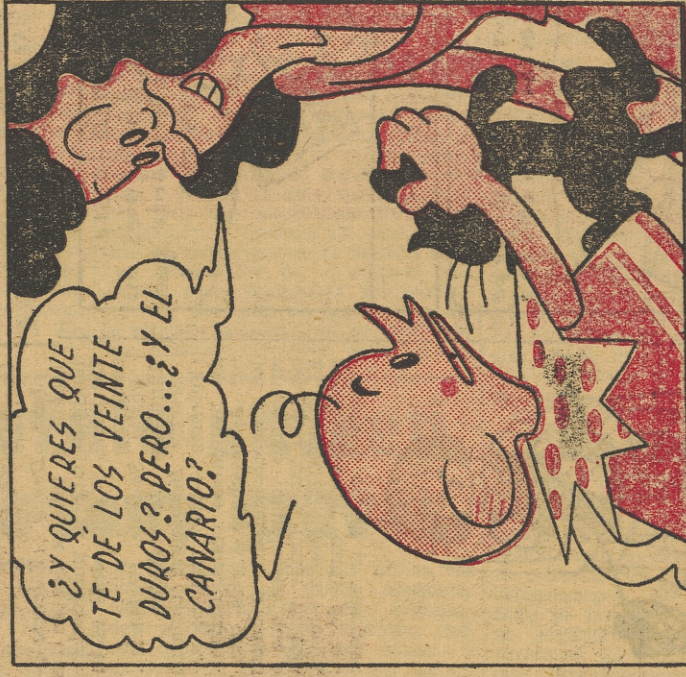
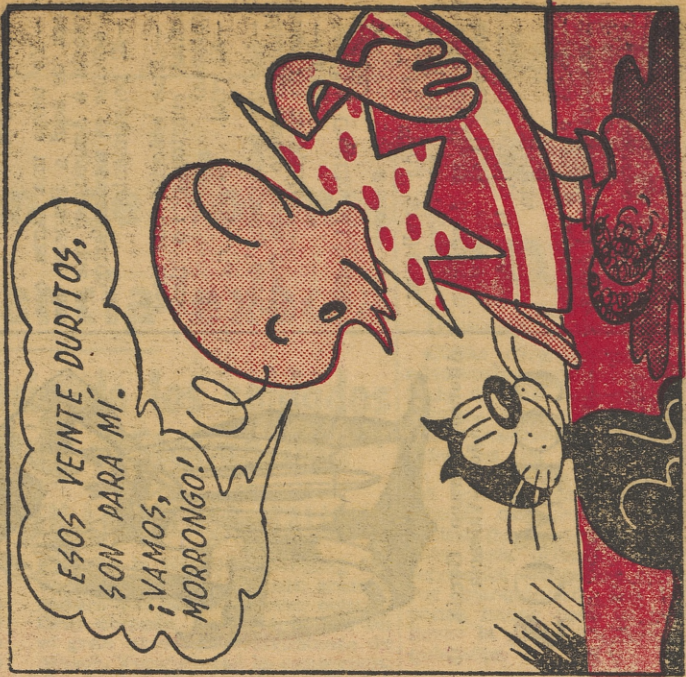
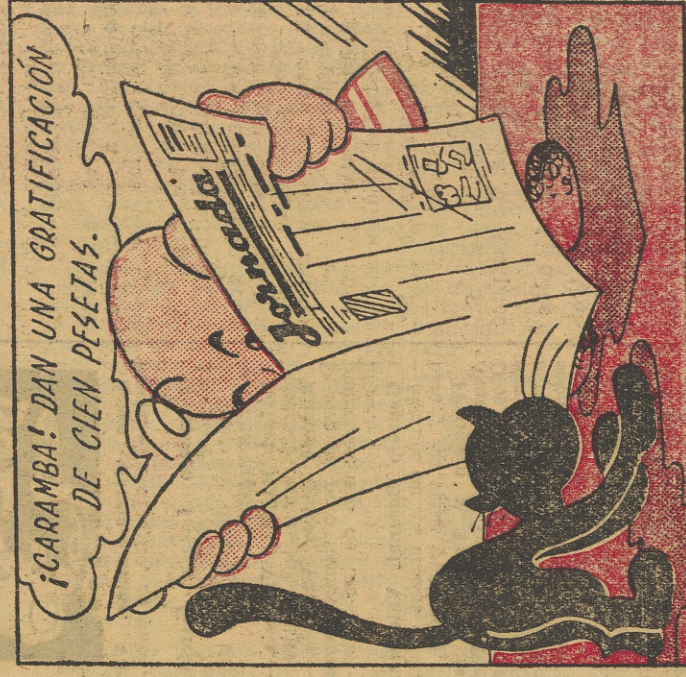


"SE HA PERDIDO UN GANARIO"



Colaboración MANTIL

ADIVINANZAS

—Una señorita, muy señorita, tuda, que siempre va en coche y siempre va mojada.
—La lengua.

—Yo tengo una lanza que llega de aquí a Francia, de Francia a Aragón; el que no lo advierte es un fanfarrón.
—El pensamiento.

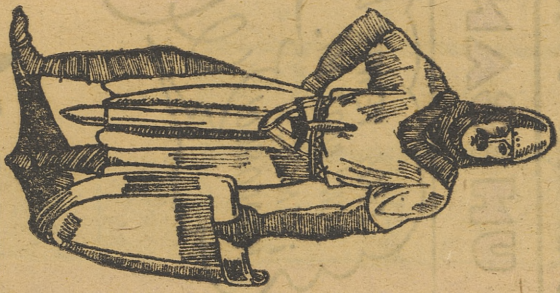
—¿Una señorita que tiene medias, cuartos y lo tiene ventanas?
—El reloj.

—Soy un patito muy derecho; en medio de la frente tengo un mosquito.
—La era.

—Máximo Castilla, 11 años
Valencia.

—Un platillo de avelanas, por el día se rocen y por la noche se derraman.
—Solución: Las estrellas.
—Angella Martín, 11 años
Valencia.

—Mamá, a ver si sabes las tarrajas que hay en el armario.
—Pues quedarán doce.
—No, mamá; me las he comido todas, a ver si sabes un tarrajo.
—Julio Tebar, 14 años,
Valencia.



Alfonso Serrano García, 13 años.—Valencia

COIMOS

—¡El de un pintor que se le han acabado las pinturas!
—Pintar con los colores de su señora.
—Pauquito Gil, 12 años
Valencia.

—Compañer, ¿qué es de Sevilla?
—No, no.
—Pos, eh? ¿qué es de Sevilla?
—No, no. Yo tampoco soy de Sevilla.
—Amita Ballester, 14 años
Valencia.

—He tenido una idea, genial para poner a los inquilinos a salvo de los ladrones. ¡He mandado tapar todas las ventanas de la casa!
—Andrés Subirats, 12 años
Valencia.

CHISTES

—¿En qué se te parece un hiebro a un melón?
—En que los dos tienen corteza.
—José Crespo, 8 años
Valencia.

—¿En qué se te parece un niño a un mosquito?
—En que las dos cosas pican.
—Manolita Martínez, 10 años.—Valencia

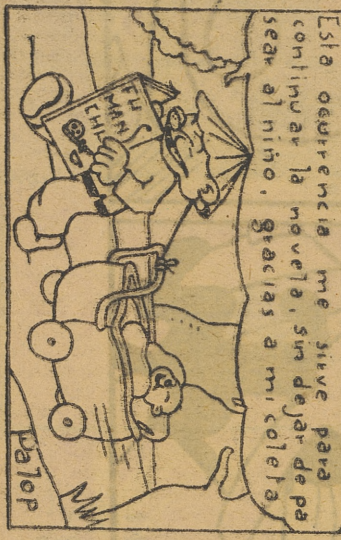
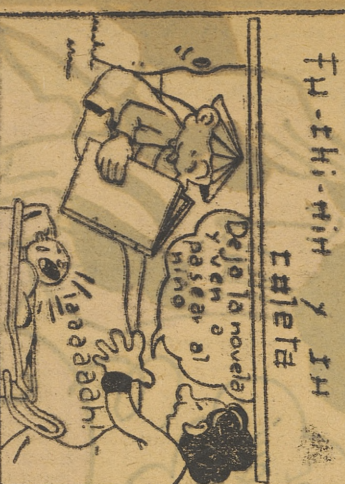
—¿Ha nacido algún gran hombre en este pueblo?
—No, señor. Que yo sepa, aquí sólo han nacido pequeñitos.
—Arleta Ballester, 14 años
Cabañel (Valencia)

—¿Algunos de tus chistes están bien y los otros no?
—Francisco y Tomás de la Asunción Ruiz, Valencia.—¡Por Dios, pequeños! No mandéis dibujos en papel rayado, y creed que sea más blanco. No sabéis cuánto tiempo os publicará vuestros dibujos.
—S. Gabaldón Mora.—No, amigo, no. Los dibujos que llevan tan grandes como el tigre, van al cesto.
—José Luis Berenguer, Mista. —Se publicará.

—Mando a talleres dos de tus dibujos para su publicación. Escribeme y dime cuál es tu edad.
—Rosita Sánchez (Valencia).
—Admitted tus trabajos.
—Martín Hernández Galarrza (Valencia).—No eres tú nada mandando cosas, amiguito! Aprovechate varios dibujos y chistes; pero no hagas envíos tan voluminosos, que a ese paso vas a llenar tu solo. El PEQUE. Desde luego, puedes mandar cosas de bolsillo o sea is sacapuntas.

—¡Maldita sea! ¡En lo más interesante que estaba...!

FU-CHI-TI-TI y JH CHISTE



Jorge García-Cuenca, Valencia.—Tu dibujo, se publicará.

Alejandro Lacasa García, Alcega.—Pero ¿cómo se os ha de decir que dibujéis con tinta china negra?

Rafael Bahús, Valencia.—Publicaré uno de tus dibujos, Ricardo Quirós, Valencia.—Dentro de poco tiempo, verás publicado uno de tus dibujos.

Gonzalo Boronat, Valencia.—Algunos de tus chistes están bien y los otros no.

—Francisco y Tomás de la Asunción Ruiz, Valencia.—¡Por Dios, pequeños! No mandéis dibujos en papel rayado, y creed que sea más blanco. No sabéis cuánto tiempo os publicará vuestros dibujos.
—S. Gabaldón Mora.—No, amigo, no. Los dibujos que llevan tan grandes como el tigre, van al cesto.
—José Luis Berenguer, Mista. —Se publicará.

—Mando a talleres dos de tus dibujos para su publicación. Escribeme y dime cuál es tu edad.
—Rosita Sánchez (Valencia).
—Admitted tus trabajos.
—Martín Hernández Galarrza (Valencia).—No eres tú nada mandando cosas, amiguito! Aprovechate varios dibujos y chistes; pero no hagas envíos tan voluminosos, que a ese paso vas a llenar tu solo. El PEQUE. Desde luego, puedes mandar cosas de bolsillo o sea is sacapuntas.



—'HAOIENDO LABORO' Josefa Anteb, 12 años.—Valencia

LA JIRAFIA BLANCA

(Continuación)

peligrosos son. El año pasado me encontraba en estos momentos persiguiendo una manada de antilopas, cuando encontré una decena de negros armados de lanzas y montados en caballos de buena raza. Mandaba la partida un guapo mozo, de casi dos metros de altura, robusto como un Hércules. Habiéndoles preguntado dónde iban, me respondieron que a cazar rinoceontes. Esta respuesta me sorprendió no poco, pues no había visto nunca a los negros afrontar esos animales peligrosos con lanzas. Curioso por asistir a tan extraña cacería, me uní a ellos, pero desistido, sin embargo, a no hacer uso de mi carabina sino en caso de peligro. Los negros, muy contentos con hacerse admirar por un hombre blanco, me quisieron fingir una dificultad a mi demanda, y les seguí a cierta distancia.

«A medida que avanzábamos por el bosque, muy espeso, e interrumpido por algarzos y barrancos, oía a los negros excitarse entre sí con agudísimos gritos, como si con aquella extraña caza se hubiesen despedido todos sus instintos salvajes.

«Habiendo encontrado una colina muy erguida que dominaba el bosque, me subí a lo alto y me senté sobre una roca, con el fusil entre las piernas.

«Los negros se habían alejado, pero les veía galopar a través de los árboles, dando la vuelta a mi colina. Sus gritos iban haciéndose cada vez más débiles, cuando de improviso les oí acercarse, mezclados con mugidos estridentes e interrumpidos, los cuales indicaban que los rinoceontes habían frente a los cazadores o bien huían por delante de ellos.

«La distancia que me separaba del campo de la cacería, era demasiado considerable para que yo pudiese distinguir cuál de las dos suposiciones podía ser la verdadera.

«Pronto, sin embargo, no cupo ya duda posible; el galepe de los caballos hacía resonar el suelo, que en aquella parte era pedregoso, y los gritos de los rinoceontes me hicieron comprender que el rinoceonte o los rinoceontes habían rebasado la línea de cerca y se acercaban a la colina.

«Se me ocurrió decirles que venía conmigo Kanbusi, por consejo de mi bravo criado, bajé de la colina para no perder nada de aquella interesante caza.

«Había llegado apenas a la mitad de la bajada, cuando vi dos enormes rinoceontes, raros al viento, la cabeza alargada y el cráneo casi paralelo a la línea del espinaza, acercarse al galope hacia la altura, seguidos por doce cazadores guiados por el joven capitán.

«He ahí una cosa extraña —dije a Kanbusi—. Siempre había creído que los rinoceontes se acercaban típicamente sobre sus enemigos en vez de huirles.

«—Tienes razón, señor —me respondió Kanbusi—. Esta manada me asombrará, igual que a ti, pero estas animales deben tener algún propósito para conducirse así. Toda su táctica consiste en alejar a los cazadores del lugar donde tienen los hijos, demostrando débiles aun para poderse defender. Espéran, un momento y les verás cambiar de sistema en cuanto crean fuera de peligro a sus pequeños.

«Las predicciones de Kanbusi no tardaron en realizarse. Llegados cerca de la colina, los doce rinoceontes volvieron grupas de común acuerdo y se lanzaron contra los cazadores.

«El joven jefe, que sólo se encontraba a treinta varas, llegó al galope, seguido de tres o cuatro negros, cuyas cabezadas eran mejores que las de los otros. La situación era de las más comprometidas.

«El joven jefe, con la lanza apoyada en una rodilla de madera, fijo en la espalda, meditando una caza, me volvió un instante a la vista del campo cubierto en la táctica de los peligrosos animales.

«En lugar de detenerse, se precipitó sobre ellos, exclamando al caballo con el gesto y con la voz.
—¡Está perdido! —exclamé, en el momento en que iban a chocar.
«Armé la carabina y me dispuse a hacer fuego.
«Pero no había contado con la destreza del joven jefe, la costumbre que tenían sus compañeros en aquel género de caza.
«Efectivamente, casi de pronto, oyéronse aullidos espantosos, mezclados con los gritos de triunfo de los negros.»

«Los dos rinoceontes habían caído sobre sus rodillas y al cabo de algunos instantes de resistencia suprema, cayan desplomados en el suelo, como heridos por el rayo.



«La lanza del joven jefe y la del jinete que le seguía, habían penetrado, cada una, en el ojo izquierdo de los rinoceontes, habían atravesado los sesos y salido por la otra parte, cerca del cuello. Las horribles bestias no habían lanzado más que un grito. La muerte había sido por decirlo así, instantánea.
«Fué menester romper la cabeza de los animales para sacar las lanzas, cuyas puntas se habían roto contra el cráneo de las bestias.
«Bella caza, a fe mía —dijo el doctor—. ¿Y no se impresionó el joven jefe?
«—Ni lo más mínimo. Parecía que hubiese hecho la cosa más sencilla de este mundo.
(Continuación)

Juguetes recortables de **Jornada**

AVION

Para la construcción de este avión, habéis de comenzar por pegar las piezas o calcárselas sobre una cartulina, recortándolas y abriendo con una hoja de afeitar las ranuras para la colocación de las alas y el timón de cola. Montadlo como se indica en el modelo, fijando la hélice con unos hilos de medio metro de largos, partiendo de los puntos negros que se indica en el dibujo, y le dáis vueltas, os divertiréis viendo cómo el juguete planea, igual que un avión auténtico.

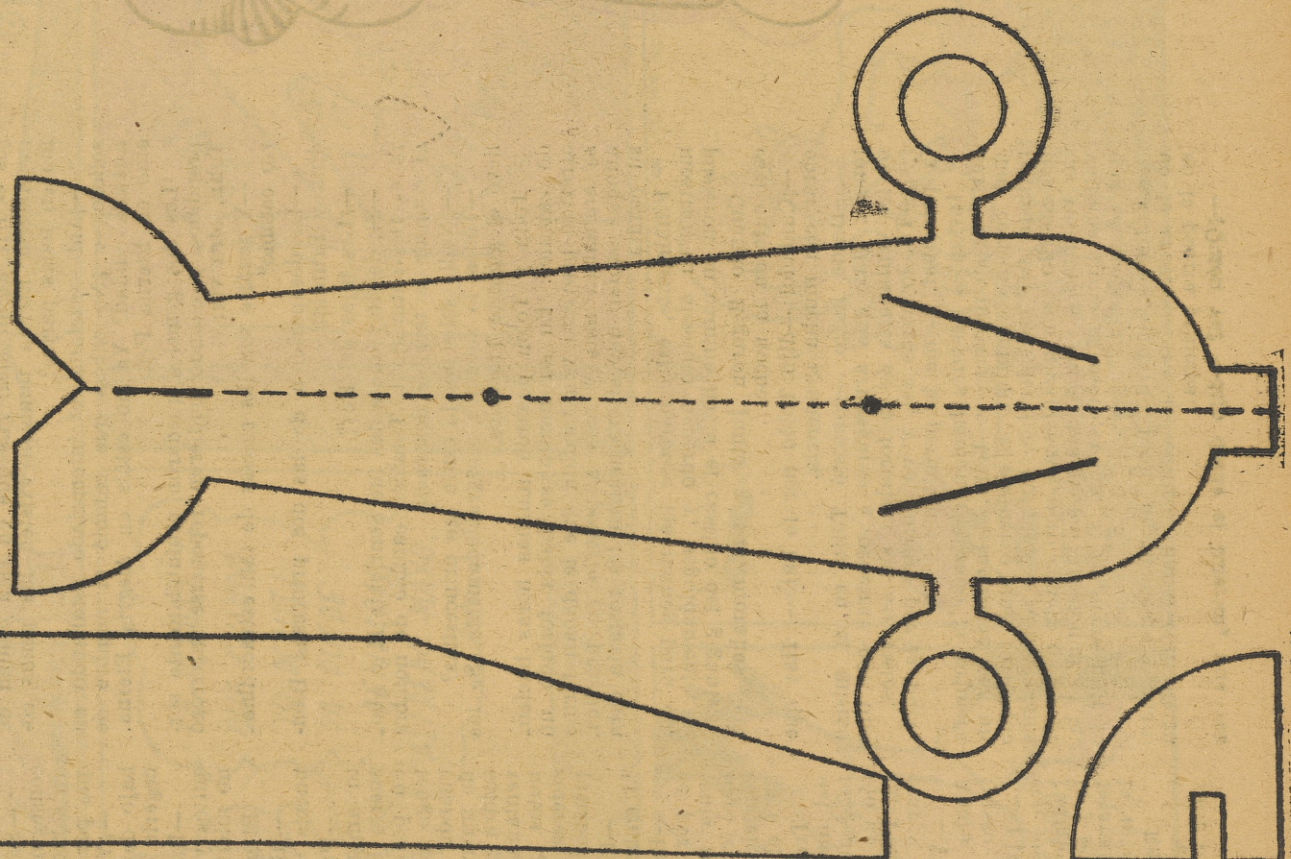
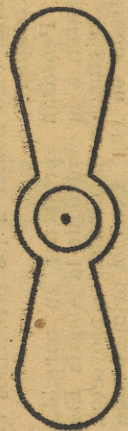
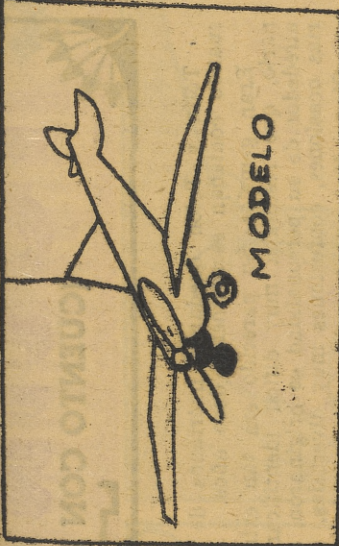


Tolín y Tolón

(Viene de la página central)
—¡Bahl! Ya te dije que lo haría por la ventana o por cualquier otra parte del muro. Sea como fuere, aquí estoy con el frasco prometido. ¿Quieres probar los efectos del líquido?
Trespelos permaneció pensativo un instante y, al fin, se dejó atraer por el deseo de seguir las indicaciones del chico.
Y completamente convencido de que a partir de aquel instante sería tan invulnerable como Aquiles, se metió en el calabozo más inmediato.

—Toma las llaves —dijole a Tolín, entregándole el manajo que llevaba sujeto a la cintura—. Enciérrame bien cuando te avies.
El muchacho cumplió sus instrucciones al pie de la letra, ¡y vaya si las cumplió!
Y, ahora, llega el fin del cuento, Tolín llevó a su hermano y, entre los dos, pusieron en libertad a las princesas y a los ricos prisioneros, que el gigante había raptado. Luego, Tolín se enamoró de Blondina, Blondina de Tolín, y Brunilda de Tolón y Tolón de Brunilda, y como los dos personajes que recibieron la libertad por su intervención eran agradecidos, colmaron de riquezas a los dos gemelos.

En cuanto a Trespelos, aún debe de estar gruñendo en su calabozo.



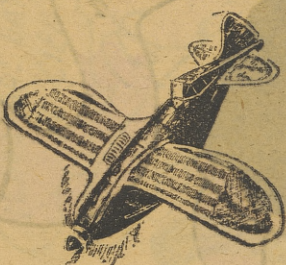
RIE W O L T I L L O

FALLAS INFANTILES



Relación de la Junta de la falla infantil de la calle San Gil y adyacentes:
Presidente de honor, Matías Escriche Llácer; fallero mayor, Julián Tío García; presidente, José Arnal Fuster; secretario, Ramón Pló Bonafont; tesorero, Francisco Guillem Ballester; cobrador, Juan Palmero Simó; belleza fallera, Amparo Pló Bonafont; damas de honor, Maruja Santa María y Amparín Soler; asesor, Vicente Roda Marqués.

AVIACION



Vicente Huerta, de 14 años, de Valencia, es el autor de este aparato

FUTBOL



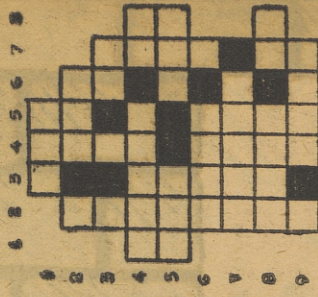
Mundo, dibujado por Francisco Soler, de 14 años, Valencia.



Rafael Bayarri, 13 años



PASATIEMPOS CRUCIGRAMA



Horizontales: 1. Nombre de letra. 2. Letras de nueva. 3. Pronombre. 4. Oger, Artículo. 5. Mujer de Adán, Costumbre. 6. Umbr. 7. Al contrario de recibirás. 8. Rezar, Pronombre. 9. Horno.

Verticales: 1. Bebida aromática. 2. Cantaban a las antiguas princesas. 3. Quitar la vida. 4. Huida. Trabajar la tierra. 5. Exclamación que significa decidirse a hacer una cosa. Extraño, poco frecuente. 6. Negación. 7. Masa encofada. 8. Silaba de todo. 9. Arcángulo. José Luis Lloret Sebastián, 11 años.—Valencia

La solución en el próximo número.

Solución al crucigrama anterior:



LA FELICIDAD

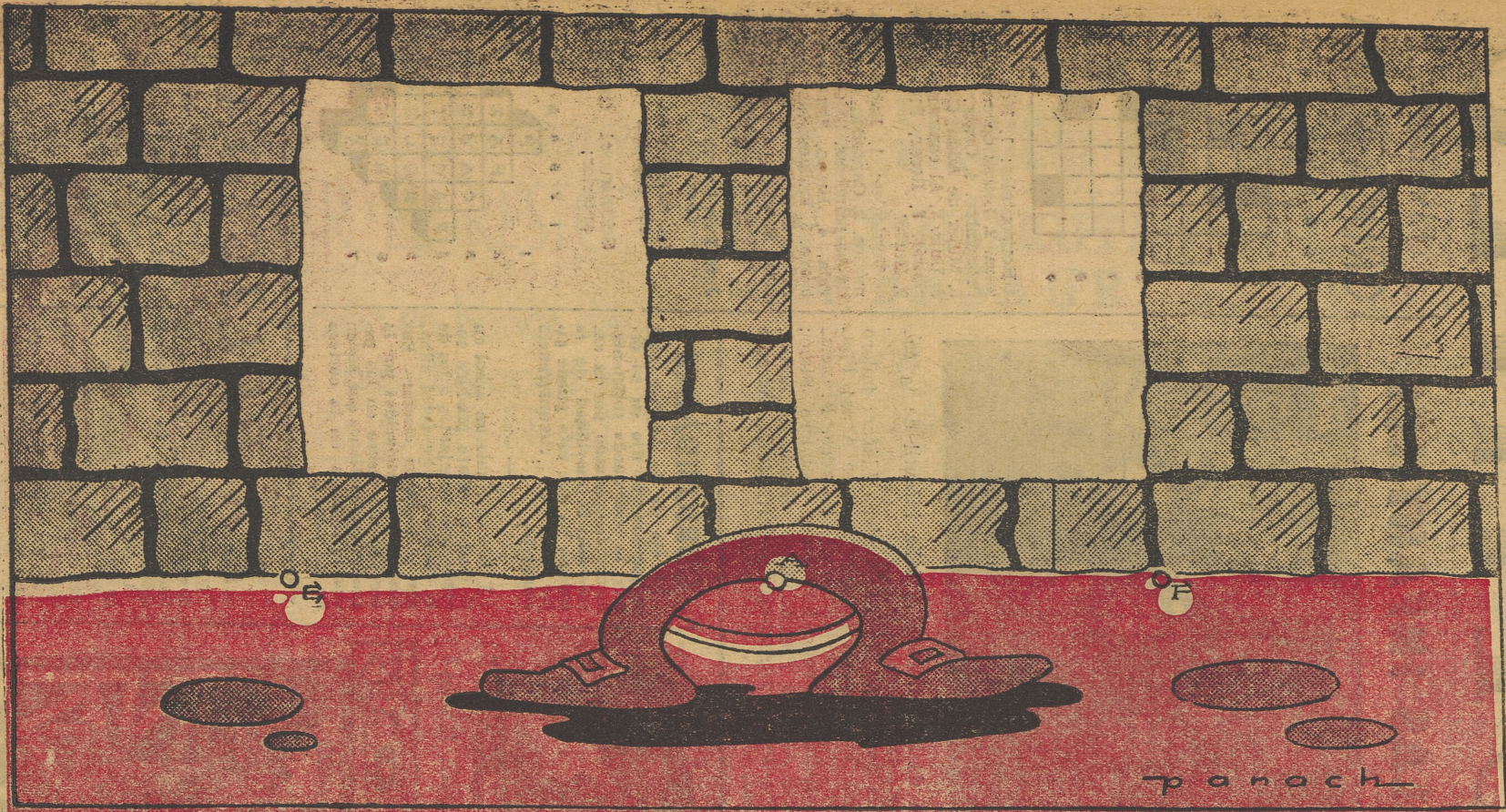
Un moralista americano ha compuesto estas diez reglas para conseguir la felicidad sobre la tierra:
1. No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.
2. No compres nada inútil con el pretexto de que es una ganga.
3. No gastes nunca el dinero antes de haberlo ganado.
4. No sientas nunca no haber comido mucho.
5. El trabajo realizado con gusto no cansa nunca.
6. No te preocupes de nadie por

hacer aquello que puedes hacer tú mismo.
7. La vanidad y el orgullo nos cuestan más caro que el hambre y la sed.
8. Comienza las cosas por el principio.
9. Guárdate de las predicciones que no existen más que en tu imaginación y que no llegan nunca.
10. Cuenta hasta diez antes de hablar, cuando estés disgustado, y hasta ciento, cuando te sientas colérico.

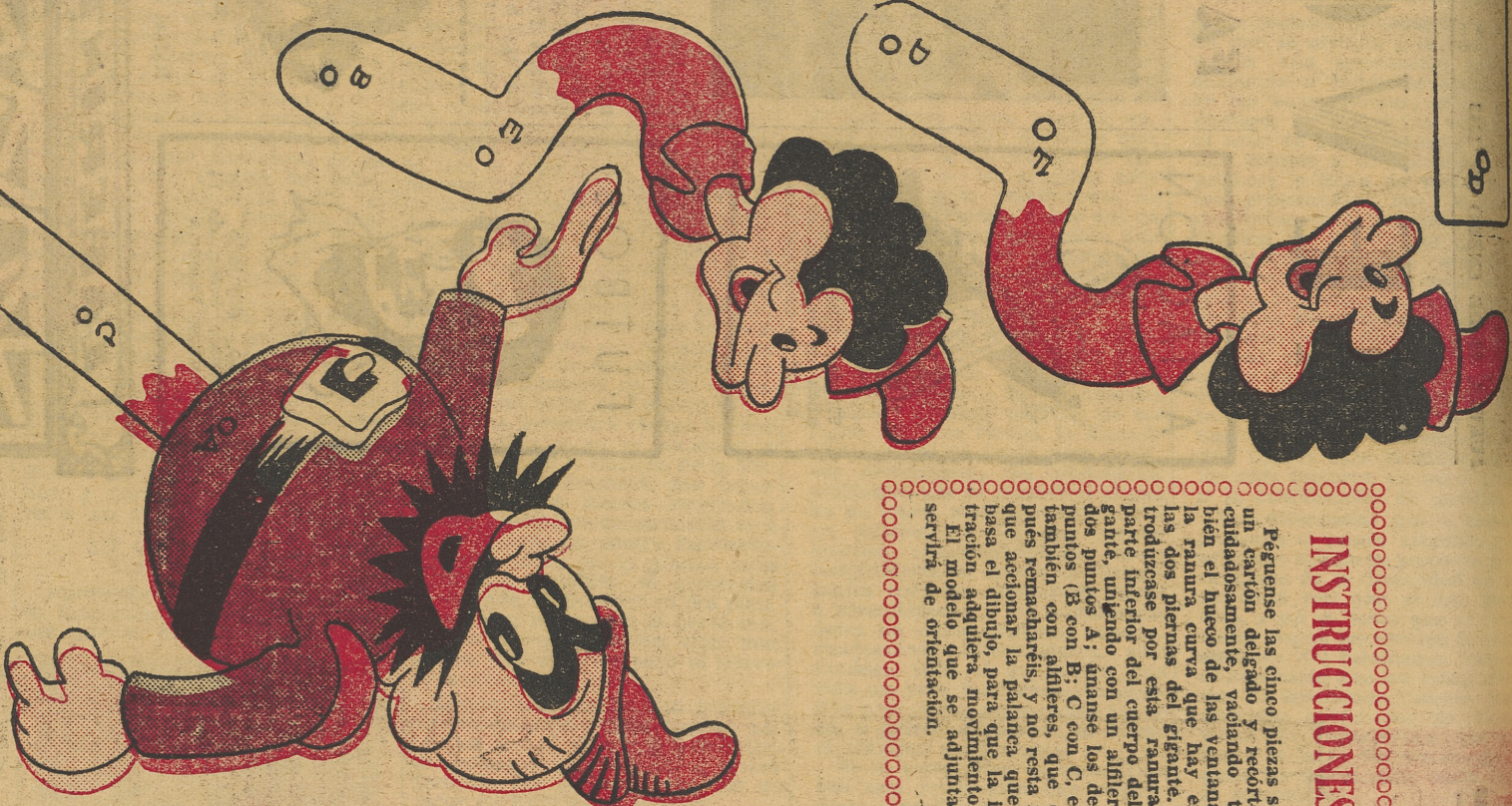
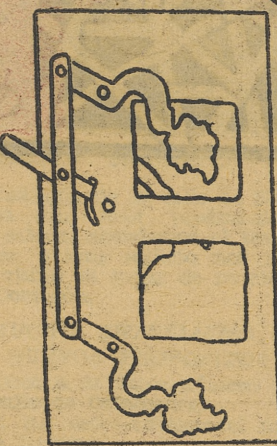
CURIOSIDADES

El ojo de la lechuza está completamente fijo en su órbita, lo cual queda suficientemente compensado por la extraordinaria movilidad de la cabeza, ya que ésta puede girar casi en circunferencia completa.

Existe en Nubia un árbol en el cual el viento produce sonidos muy semejantes a los de la flauta. A este árbol silbador se le llama «tsiofar». Sus sonidos son producidos por la entrada del viento en las pequeñas perforaciones que hacen de las ramas.



MODELO
TERMINADO,
VISTO POR
DETRAS



INSTRUCCIONES:

Pegúense las cinco piezas sobre un cartón delgado y recórtense cuidadosamente, volviendo también el hueco de las ventanas y la ranura curva que hay entre las dos piezas del gigante. Introdúzcase por esta ranura la parte interior del cuerpo del gigante, uniendo con un alfiler los dos puntos A; unanse los demás puntos (B con B; C con C, etc.), también con alfileres, que después remanadéis, y no resta más que accionar la palanca que rebasa el dibujo, para que la ilusión adquiera movimiento. El modelo que se adjunta os servirá de orientación.

TOLÍN Y TOLOM
(Cuento con ilustración animada)

Tolín y Tolón quedaron huérfanos de padre cuando contaban escasamente doce años.

Eran gemelos. Su parecido era tan extraordinario, que resultaba muy difícil identificarlos, y alrededor de su personalidad se originaron, en varias ocasiones, confusiones muy divertidas.

Cierta día, optaron por probar fortuna en alguna de aquellas grandes ciudades de las que habían oído hablar a los peregrinos que cruzaron el bosque.

Pensaron aprovechar su parecido tan pronto llegaron a la ciudad de la Alegria Eterna. Y llena la imaginación de dinámicos proyectos, hicieron su entrada en ella. Con lo primero que tropezaron, fué un anciano que parecía desconsolado.

—Buen hombre —dijo Tolín, cariñosamente—, ¿os ocurre algún mal? ¿Es que en esta ciudad de la Alegria Eterna también existen las penas como en todas partes?

—¡Ah! —exclamó el interpelado estallando en sollozos—. ¿No sabéis que cambió el nombre de nuestra ciudad? Ya no estáis en Alegria Eterna, sino en Eterna Pena.

Los dos gemelos quedaron profundamente sorprendidos y cuando pudieron recomponerse interrogó Tolín, otra vez:

—Y ¿cuáles son las causas de tan extraordinario cambio?

—La desaparición de las dos princesas Blondina y Brunilda.

—¿Las hijas del Rey?

—Sí; del Rey que antes fué Souriente II y ahora es Desventurado I. También cambió de nombre al conocer la terrible desgracia.

—¿Nadie sabe dónde están las princesas?

—Todos lo sabemos, desgraciadamente. Se las llevó el gigante Trespelos.

Tolín y Tolón pasaron muchas horas haciendo cálculos. En su mente se había forjado un atrevido proyecto y a medida que le daban forma se animaban más y más a ponerlo en práctica, aunque sabían que si fracasaban les costaría cara su osadía.

Finalmente, estrecharonse las manos para demostrar su absoluto acuerdo y, seguidamente, se pusieron en camino hacia el castillo del gigante. Cuando llegaron junto a sus murallas, era casi entrada la noche.

—¡Cuidad! —dijo Tolón por lo bajo—. Hay que obrar con mucha prudencia.

—Desde luego —contestó Tolín en el mismo tono—. Hay que arriesgarse a penetrar por uno de los ventanales de la fortaleza sin ser vistos.

—Tu, lo harás así, y yo, entrare por la puerta principal, si me lo permiten.

Instantes después habían realizado la primera parte de su proyecto, y Tolín, desaparecía por un mal cercano ventanal. El esfuerzo que tuvo que realizar, fué considerable, porque las dimensiones del castillo eran gigantescas, pero con la mejor de las voluntades y la ayuda de un árbol que se levantaba junto al muro, pudo, al fin, conseguir lo que se proponía.

Entonces, aguardó Tolón un momento y cuando le creyó dentro del edificio, llamó con fuerza en la puerta principal.

—¿Quién va? —dijo desde el interior, una voz

terriblemente amenazadora—. Si pretendéis atacar-me, ya sabéis que os va a pesar, porque las princesas Brunilda y Blondina están en mis manos.

—Soy un niño caminante, con mucho cansancio y no menos hambre, y he pensado que en tu castillo podrían socorrerme.

—Vete al instante! —rugió Trespelos.

—Perdoname —instió Tolón—. Si me escuchases un poco, cambiarías de opinión; sólo pretendía hacerte un favor.

—Yo no soy amigo de los menesterosos.

—Peor para tí, si no me atiendes. Tú lo pierdes. Te hubiera dicho de qué manera puedes atraer los muros y escapar de los más profundos encantos, si alguna vez te encuentras en ellos.

—¿No serán paparruchas?

—Son verdades como puños, imagínate que he conseguido un líquido precioso, del cual te tomas un sorbo y pasas lo mismo por el ojo de un alfiler que por la grieta de un muro. ¡De maravillosos!

—¿Y por qué no lo pruebas tú y entras por debajo de la puerta? —instió el gigante, creyendo cogerle en la trampa.

—Imposible, únicamente me quedan dos frascos y quería emplear uno para demostrarte que no miento y, el segundo, para ofrecértelo luego.

El gigante abrió la puerta, y dijo:

—Bien!, ya has conseguido que te abriese la puerta.

—Puedo demostrarte, ahora mismo, que soy tu amigo y si fracasara, en el intento, tengo mi suerte bien merecida. ¿Ves? —prosiguió, sacándose un pomo diminuto del bolsillo—. Este frasco que tengo en la mano? Pues apurando su contenido cuando esté dentro de la m^a. oscura mazmorra de un castillo, pasará por el quicio de la puerta o saltará por uno de los pequeños respiraderos de su ventana, y estaré en tu presencia antes de dos minutos. ¿Tienes algún calabozo cuyas puertas cerradas suficientemente fuertes para hacer la prueba?

—En los sótanos hay siete capaces de resistir la embestida de una docena de gigantes como yo.

—Bien —dijo entonces el chiquillo, decidiendo se por un calabozo que, según sus afirmaciones, tenía más aseguradas las cerraduras—. me quedará con éste. Ahora entro con el frasco mío y daré el tuyo, para que hagas la prueba.

Trespelos, estaba maravillado de la audacia del muchacho, pues a pesar de que era poco inteligente, no podía creer que Tolón pasase por el ojo de la cerradura o por una rendija de la puerta. Pero con el deseo de convencerse, le hizo entrar y luego dió vuelta a la llave de la cerradura.

—Ya estoy dentro —gritó entonces Tolón—. Ahora voy a beberme el contenido del primer frasco y dentro de un instante estoy contigo.

El gigante permanecía delante de la puerta con los ojos muy abiertos, pero nada pudo ver. Y cuando ya creía que Tolón estaba loco de remate y sus palabras eran producto de su locura, vio-le aparecer a sus espaldas con el otro frascuito en la mano.

En realidad, quien estaba ante él, era Tolín. —¿Es posible? —murmuró—. ¿Cómo has podido salir de tu encierro?

(Pasa a la página 6.º)